

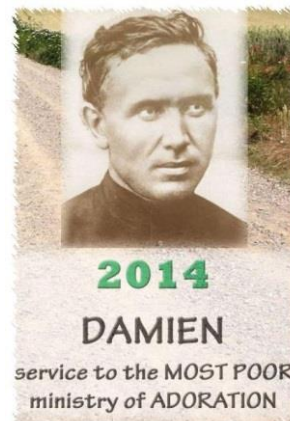
Solidaridad con los pobres

Javier Álvarez-Ossorio SSCC
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 85 – 10 de noviembre 2014



Orfanato en Kalawao
Archivo SSCC Hawái



¡Vayamos al pueblo!

Tal es nuestro deber. Esta palabra resultaría fría, si no significase aquella caridad que nos vincula al prójimo como nos vincula a Dios "con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas".

Homilía del
beato Gonzalo Barrón Nanclares SSCC
Mártir

¿Por qué tenemos que hablar de solidaridad con los pobres? ¿No basta con hacer cosas por ellos, con ayudarles en la medida que podamos? Una cosa es ayudar a los pobres. Otra cosa es ser solidarios con ellos.

Una palabra fuerte

En las últimas semanas he escuchado varias veces estos cuestionamientos en reuniones de la Congregación. Algunos hermanos se sienten incómodos con la palabra "solidaridad". Tienen razón. Son conscientes de que el término *solidaridad* conlleva un contenido muy fuerte. Si no se toma a la ligera (como a menudo ocurre), la *solidaridad* implica un cambio de estilo de vida, una identificación con otros, y no solo la realización de algunas acciones en favor de los más desfavorecidos.

El pasado 28 de octubre, dirigiéndose a los participantes en el encuentro Mundial de los Movimientos Populares, el papa Francisco decía que la palabra *solidaridad* significa "mucho más que algunos actos de generosidad esporádicos (...) La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia".

La etimología de la palabra *solidaridad* indica el hacerse uno con otro, formar un único cuerpo, correr la misma suerte, compartir las mismas condiciones de vida. Citando a Santo Tomás de Aquino, la *Evangelii Gaudium* dice que "lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro considerándolo como uno consigo" (EG 199). Este ser uno con el otro es lo que constituye la esencia de la *solidaridad*.

Entendida de manera cristiana, la solidaridad solo puede estar motivada por el mandamiento principal, el del amor. La solidaridad consiste en un desborde de amor, una

exageración del movimiento de compasión hacia el otro, que lleva a la locura de no solo hacer cosas por el ser amado sino de desear identificarse con él.

Se pueden hacer muchas cosas por muchas personas sin "solidarizarse" con ellas, es decir, sin cambiar sustancialmente nuestra manera de vivir y de organizarnos. De ahí la inquietud de la que hablaba al principio: ¿no es mejor seguir viviendo como vivimos y, a partir de ahí, hacer cosas por los demás, en vez de enredarnos la vida solidarizándonos con otros?

Modelos de solidaridad

El modelo teológico de la solidaridad es el de la encarnación del Hijo de Dios en **Jesús**. El Verbo de Dios se hizo carne y acampó entre nosotros (Jn 1,14). Cristo se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo como un hombre cualquiera (Flp 2,7). ¿Podía Dios ayudarnos sin hacerse uno de nosotros? Pregunta retórica que no tiene respuesta. Lo que de hecho ha ocurrido es la llegada del Emmanuel, el misterio del Dios-con-nosotros. Dios solidario con la humanidad. De la contemplación de ese misterio y del diálogo interior de amor con Jesucristo, surgirán las verdaderas iniciativas de solidaridad que transformarán nuestras vidas. Para el creyente, la solidaridad no es una ideología sobre la que discutir, sino la consecuencia de un misterio que nos envuelve. ¿Cómo realizarla en lo concreto?: eso solo se puede contestar desde la contemplación amorosa del misterio de Jesús.

En la vida del **Buen Padre** se da una anécdota significativa que nos hace pensar en la auténtica solidaridad. Como todos sabemos, en una ocasión en que el joven Pierre Coudrin asistía clandestinamente a los enfermos en un hospital en Poitiers, tuvo que hacerse pasar por un vagabundo muerto para escapar de la policía que le buscaba. Desde entonces, el nombre de aquel vagabundo, "Marche-à-terre", quedó como uno de los apodos del Buen Padre. De manera práctica, pero también simbólica, el fundador no solo sirvió a los enfermos y abandonados del hospital, sino que se identificó con ellos, ocupando su lugar y recibiendo su nombre. Eso es solidaridad.

Damián, cuyo año estamos acabando, es sin duda un caso extremo de la locura de la solidaridad. El servicio a los leprosos en Molokai podría haberse organizado de otra manera: turnos rotativos de sacerdotes, estancias temporales en la colonia, asistencia religiosa puntual... Pero Damián quiso ser uno con ellos: *"nosotros los leprosos"*. En ese sentido, se hizo solidario con las personas a las que servía. Compartió su misma suerte. Llegó a ser leproso. Y, colmo de locura, en el caso en que le hubieran propuesto salir de Molokai para tratar de curarse, él habría respondido: *"me quedo para siempre con mis queridos leprosos"*. ¡Qué exageración!

Solidaridades naturales

¿Con quiénes somos nosotros solidarios? ¿A quiénes ligamos nuestras vidas hasta el punto de condicionar nuestra suerte a la de esas personas?

En un matrimonio, los esposos se comprometen a ser solidarios. A donde uno vaya, el otro irá; donde uno habite, el otro también habitará; lo que tengan, será de los dos; en las alegrías y en las penas, estarán juntos.

En nuestro caso, la profesión nos hace solidarios con los hermanos de la Congregación. "La profesión religiosa crea entre nosotros vínculos de solidaridad y nos hace miembros de una misma familia" (Const 12.3). Esa solidaridad se hace más patente en la comunidad local y en la provincial, que nos resultan más concretas y cercanas. Ahí ponemos los bienes en común; compartimos mesa y techo; nos cuidamos unos a otros; reflexionamos y trabajamos juntos. Mi lugar de vida y misión lo deciden otros hermanos. Somos solidarios. Corremos la misma suerte. Lo que ocurre a uno afecta a todos y al revés.

De manera transformada pero real, mantenemos la solidaridad con nuestras familias naturales. Es cierto que dejamos padre, madre, hermanos... para seguir a Jesús en la vida religiosa, pero los lazos de sangre no se anulan y siguen reclamando afecto y atención. Muchos hermanos sienten dramáticamente la llamada de esa solidaridad cuando ven sufrir a miembros de su familia. La respuesta que se dé a esas necesidades deberá articular dos solidaridades: a la comunidad religiosa y a la familia. Las tensiones pueden llegar a ser fuertes, pero no hay que tener miedo a enfrentarlas. Se requiere oración y discernimiento para poder decidir en libertad.

Otros pueden sentir la llamada de la solidaridad hacia su cultura, hacia su país, hacia ciertas amistades, hacia algunas comunidades cristianas, hacia grupos de diversa índole.

La cuestión de fondo siempre será: ¿con quiénes me juego la vida? ¿quiénes condicionan mi suerte? ¿a quiénes me quiero identificar? Jesús nos llama a ir más allá de nuestras solidaridades espontáneas: "no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos... llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos" (Lc 14,12-13). Si imaginamos nuestra vida como un banquete en el que escogemos a los comensales, preguntémonos quiénes son los invitados a la fiesta de nuestra vida.

Solidaridad con los pobres

Regresemos a la pregunta del comienzo: ¿debemos ser solidarios con los pobres o basta con hacer cosas por ellos?

La solidaridad con los pobres entró en el lenguaje oficial de la Congregación en el Capítulo General de 1982, que propuso como primera línea de renovación "construir un mundo más justo en solidaridad con los pobres". El Superior General que siguió, Pat Bradley, desarrolló esta orientación en una de sus cartas circulares que tanto sirvieron para la animación de la Congregación.

El Capítulo General de 1988 introdujo este lenguaje en las Constituciones actuales. El punto de partida es una solidaridad básica: "queremos identificarnos con la actitud y obra reparadora de Jesús" (Const 4). A partir de ahí, "nos sentimos solidarios con los hombres y mujeres víctimas del pecado del mundo, de la injusticia, del odio" (Const 4). El artículo 6 especifica que "en solidaridad con los pobres trabajamos por una sociedad justa y reconciliada".

En el capítulo dedicado a la pobreza, las Constituciones añaden una invitación exigente: "La misión de la Congregación nos lleva a compartir la vida de los pobres y a asumir su causa, sabiendo lo que la solidaridad con ellos nos puede acarrear en un mundo marcado por la injusticia" (25.1). Esto debe tener consecuencias prácticas en nuestro estilo de vida: "Un estilo de vida pobre y solidario con los pobres es factor decisivo de vitalidad para toda nuestra vida religiosa" (30.1).

En el magisterio reciente del papa Francisco, la cercanía y la amistad con los pobres aparecen también como rasgos esenciales de la evangelización. "La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha" (Evangelii Gaudium 195). "Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos (los pobres), a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos" (idem 198).

¿Y nosotros?

No podíamos acabar el año dedicado a Damián sin recordarnos la invitación a la solidaridad con los más pobres. Muchos hermanos conocéis la alegría interior y la renovación personal que produce el contacto directo con los más pequeños, con los que más sufren, con los que menos cuentan. Ese contacto produce más frutos en la medida en que las personas nos afectan más, se vuelven importantes para nosotros, y nos hacen cambiar nuestro estilo y nivel de vida. A partir de ahí, el contacto deja de ser una acción puntual o una relación de ayuda unidireccional, y pasa a convertirse en "solidaridad": caminar juntos.

Hay muchos caminos, las circunstancias son diversas. Pero todos los hermanos y todas las comunidades pueden dar pasos, aunque sean modestos, para ampliar sus contactos con los pobres, para dejarse alterar por ellos. "Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos", nos recuerda Francisco (Evangelii Gaudium 201).

Movidos por nuestra consagración a los Sagrados Corazones de Jesús (que se hizo pobre por nosotros) y de María (la humilde sierva del Señor), sigamos caminando humildemente hacia los más pobres. En ellos nos espera Dios, porque hay "una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer" (Evangelii Gaudium 123).

